

# LA FORTIFICACIÓN EN LA DEFENSA DE ITALIA POR CARLOS V

Antonio Sánchez-Gijón

Cuando el 18 de enero de 1548 el emperador escribe, desde Augsburgo, a su hijo el príncipe Felipe una extensa carta que se ha dado en llamar el Gran Testamento Político de Carlos V, hace, entre las numerosas consideraciones de política de estado y cuestiones dinásticas, unas pocas observaciones sobre plazas fortificadas y guarda de sus posesiones, que contribuirán, con ayuda de muchos otros estímulos, a que el futuro Felipe II se mentalice para que las fortificaciones y el arte de fortificar constituyan una inquietud central y fundamental de todas sus nociones de seguridad, paz, planificación militar y economía de guerra, como hemos visto en otra parte<sup>1</sup>. El universo militar de Felipe II habría de estar siempre constituido por la tripleta tercios-galeras-fortalezas. Ese no fue el caso del emperador.

Para el joven duque de Borgoña, rey subrogado de España, soberano de Sicilia y Nápoles, y pronto titular del Sacro Imperio, las fortalezas que él ha conocido desde niño son parte de un mundo militarmente caduco, que se resquebrajaba como las torres de homenaje de Castilla por el fuego de las bombardas reales, o los muros de Málaga por la mina de Ramírez de Madrid. O como les pasó a las murallas italianas en pocos meses de 1494 y 1495, cuando todavía el futuro emperador no había nacido, por las baterías del rey Carlos VIII de Francia, llevadas a Italia en inauditos trenes de artillería, escoltados por brillantes caballeros acorazados. O como le ocurrió a los franceses en el vetusto Castell'Ovo de Nápoles por la famosa mina de Pedro Navarro, y le sucedería a los moros en Mazalquivir y Orán, Bugía y Trípoli, batidos por los cañones del cardenal Cisneros.



En primer plano, el Peñón de Argel, amenaza para la ciudad de los corsarios.

¿Qué decir de las fortificaciones en las continuas guerras de Italia? Era tan contradictoria la experiencia, tan confuso el debate sobre ellas, que Carlos V tendría que haber sido un genio de la guerra para saber dar a la fortificación un lugar tan privilegiado en su planificación militar como el que le dio desde el principio a la artillería, a la infantería y a las galeras. Y eso que fortificaciones tenía muchas, artillería menos que Francia y galeras menos que Génova o Venecia. Lo que las guerras de Italia estaban produciendo era un invento muy particular, muy propio de las habilidades soldadescas, en fin, algo que todavía no podía fijar y ocupar la mente de nuestro gran hombre de estado, envuelto en una lucha a muerte con sus enemigos a escala continental. Hablamos

del baluarte, esa máquina de guerra que acabaría por ser tan influyente en la historia como el cañón, el carro de combate o el avión.

El baluarte con flancos emergió empíricamente de la guerra, del combate por el dominio del foso y el acceso al pie de la cortina. Hay incontables experiencias que permiten seguir en zigzag la traza de su aparición: Cassi Ramelli hace remontar la defensa por flanqueamiento artillado a los ejemplos de Monza (1390), Pesaro (1461), Forlì (1471) y Brescia (1466)<sup>2</sup>. Edward Cooper sostiene que los primeros ejemplares de Castilla son circulares, y un ejemplo es el castillo de Zafra (1437); en Francia, el primer baluarte lo fija en Blanquefort, escudo de Burdeos, en 1465<sup>3</sup>. Juan Manuel Zapatero ha identificado baluartes en